

MESA NRO 25: “La región andina. Conflictos sociales, procesos socio-económicos, cultura e identidad (siglo XX)”

Coordinadores:

Marisa Gabriela Armida (UNR)

Augusto Alberto Bartolini (UNL)

Juan Luis Hernández (UBA)

“La formación del movimiento minero en Bolivia y la construcción de una identidad y de una conciencia de clase”.

de Sena Emilia B.

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

DNI 29.191.229

emiliblank@hotmail.com

Introducción:

Este trabajo se basará como lo anticipa el título, en el aporte de una mirada sobre el movimiento minero en Bolivia. Pretendo brindar un recorrido teórico e historiográfico del tema, planteando luego algunas reflexiones que surgieron cuando lo estudié. Ante todo, quisiera plantear una parte de este trabajo desde la perspectiva de dos preguntas (o series de preguntas) que guiaron mi entusiasmo. La primera tiene que ver con el tema de la identidad de clase, y la conciencia de los mineros como clase social. La cuestión que querría esclarecer al respecto (o al menos recorrer un camino tratando de esclarecerlo) es: ¿Surgió esta identidad o conciencia a partir de la lucha conjunta, como afirman algunos autores siguiendo la línea de Thompson; en el accionar conjunto de peleas cotidianas por oposición a otra clase social? Estas luchas y esta conciencia de oposición ¿son las bases que permitieron el desarrollo de lo que luego sería el movimiento obrero sindicalizado de mayor influencia en la política boliviana de los primeros años de la década del 50? O por el contrario, desde una mirada más similar a la que plantearía Althusser, ¿Fueron las condiciones de trabajo y de vida en común, la condición compartida de asalariados, las dificultades, las vivencias culturales compartidas en la cotidianidad laboral y barrial las que propiciaron esa característica básica que todos buscan encontrar para entender la fuerza de este movimiento? Planteadas estas preguntas haré un repaso de cómo ha sido abordado el asunto y propondré una mirada diferente que no se enmarca completamente en ninguna de ellas, pero que en cierta medida a la vez las contiene.

La serie de cuestiones expresadas en la otra parte de este trabajo está vinculada a una categoría de análisis aportada por René Zavaleta Mercado, retomada por varios autores, entre ellos Luis Tapia, que es la de *formación social abigarrada*. Trataré de explicarla y de demostrar su pertinencia para ser aplicada al tema del movimiento minero, puesto que creo que es un concepto sumamente acertado en el estudio de la sociedad boliviana (en nuestro caso, la parte de ella que prestó sus brazos a la extracción de minerales de las entrañas de los cerros). Contempla, a mi entender, una serie de cuestiones importantes que otros autores pasan por alto. He notado que algunas de las particularidades que caracterizan a la sociedad boliviana han sido soslayadas en buena parte de los estudios que trataron de abordarla. Enriquecerá muchísimo el conocimiento que sobre ella se produzca, el

tratar de enfocar estos temas desde una perspectiva que contemple esas particularidades, esas características que hacen de ella una sociedad heterogénea, multicultural, tan variada y diversa dentro de su unidad como república. Creo que el tema del movimiento minero no ha sido encarado (salvo escasas excepciones) incorporando la cuestión indígena, lo cual es a mi entender, una falta importante. ¿Qué pasaría si además de la identidad de clase se considerase en los estudios sobre el movimiento minero el tema de la identidad indígena del sector asalariado? ¿Qué pasa con ésta en el devenir de los acontecimientos, al interior del movimiento minero? ¿Y con el género? Estas son preguntas cuya respuesta no la encontraremos al final de estas líneas. Lo que se intenta aquí es recorrer un camino que empiece a abrir el panorama, permitiendo incorporar preguntas nuevas, andar y desandar investigación, en esa búsqueda constante que nunca se cierra.

Esbozando un estado de la cuestión:

Ahora intentemos ver qué es lo que se ha dicho hasta ahora sobre el movimiento minero, su identidad, y su conciencia de clase. Es muy probable que algún autor no haya sido abordado en profundidad aún por quien escribe, y es por ello que pudo haber quedado sin plasmar aquí, que este recorrido que se propone tenga falencias. Pero sólo se aspira aquí a que sea una aproximación; y como tal puede ser provisoria, reformulada, poco acertada, refutada, o enriquecida por otras producciones y discusiones al respecto. Veamos de qué se trata el recorrido que propongo.

Magdalena Cajías de la Vega es una historiadora boliviana. Ella estudia la conformación de la identidad minera a través de un largo proceso de sindicalización y lucha que ubica como comenzada junto con el siglo XX. En distinción con otros autores que sitúan el comienzo de la movilización unas décadas antes (G. Linera; 2004), ella analiza el problema desde el auge de la producción del estaño a principios del siglo XX. El mismo provocó no sólo el incremento de la población asalariada en la minería, sino también la aparición de los barrios mineros, y una serie de condiciones laborales y sociales que les crearán una identidad como grupo distinta de la de su pasado rural y/o comunitario, aunque muy influenciada por éste. En las primeras décadas del siglo, la organización se ve favorecida (tras un breve período de luchas espontáneas) tanto por los factores “internos” de la clase

(experiencias y necesidades propias de los mineros) como por factores “externos”, en el contacto con otros sectores obreros (a veces extranjeros) y con los impulsos que algunos gobiernos dieron a la organización sindical. El movimiento minero encontrará en el transcurrir del período 1900-1964 una serie de forcejeos con el Estado, conflictos con éste y con sus propios dirigentes, momentos de manifestación y represión (como la masacre de Catavi, en 1942, momento emblemático de la lucha minera desde todo punto de vista) que van a ir formando en ellos una conciencia de su posibilidad de acción y de decisión política. La autora destaca el carácter revolucionario y transformador del sector obrero minero que aportará con sus luchas a modificar la realidad política y económica boliviana de las décadas siguientes, en un juego de fuerzas constantemente tensionadas entre el poder estatal y el politizado sindicalismo minero, dividido internamente en distintas vertientes ideológicas.

A diferencia de Cajías de la Vega, Fernando Mires trata el asunto de la identidad minera focalizándose mucho más en el aspecto rural de la procedencia de estos trabajadores más que en el aspecto proletario de su condición. Destaca esta característica porque considera la cantidad de población: la dedicada a tareas rurales es mucho mayor en este período que la dedicada a trabajo urbano. El sector minero es mucho menos numeroso, aunque reconoce que es éste el que más incidencia tiene en la economía boliviana. Mires afirma en su trabajo que la solidaridad entre los mineros está basada principalmente por el origen rural y comunitario que los une, no tanto en las vivencias cotidianas y formas de vida y de trabajo como afirman otros autores. Si bien el trabajo de Mires no se focaliza en el tema que impulsa el presente trabajo, resulta pertinente citar su postura al respecto para problematizar el asunto, encontrando las diversas miradas que hay sobre el tema hasta hoy. En su libro “La rebelión permanente”, el capítulo dedicado a Bolivia trata la problemática de la revolución en términos de una especie de traspaso del protagonismo o impulso de la misma desde el sector obrero (sin hacer mucha mención del minero en particular, sino considerando obreros en general) al sector campesino que será el más favorecido finalmente por las medidas del gobierno. Se analiza en su trabajo cómo el devenir de los años posteriores a la revolución desviarán los intereses del MNR hacia la concreción de la industrialización, usando al sector obrero en lugar de representarlo. “*Para la COB se trataba naturalmente de*

convertir en realidad las aspiraciones que provenían de la clase obrera. Para el MNR, en cambio, la clase obrera era sólo un punto de referencia en un país socialmente muy heterogéneo.” (Mires; 1988: 260) Se focaliza en cómo la revolución se inició con un puntapié obrero cuyo respaldo institucional fue la alianza de la COB con Paz Estenssoro, alianza forjada en base al fuerte odio de ambos actores hacia la oligarquía, pero que finalmente tomará un rumbo distinto al esperado inicialmente por los obreros volcándose más hacia la consolidación de la pequeña propiedad en el campo (justamente en la búsqueda de liquidar las grandes propiedades de la Rosca).

La antropóloga norteamericana June Nash escribe sobre la problemática en Bolivia en torno a las minas del estaño “desde adentro”, desde la perspectiva de los propios trabajadores. En su reciente trabajo de campo focaliza su atención en las creencias de los mineros como miembros de sus comunidades, en las contradicciones que encuentra el trabajador o la trabajadora entre sus creencias y costumbres ancestrales y los novedosos y modernos requerimientos del sistema capitalista y de la cultura occidental. Sin embargo, en algún punto (principal interés de su obra) se cruzan la conciencia social indígena de tipo tradicional con la conciencia de clase de tipo moderno. Es allí donde se forma la identidad minera, en esa intersección entre contradictoria y sincrética, que coloca al asalariado minero en una encrucijada que lo condiciona y a la vez le brinda una identidad y una autodeterminación para la lucha conjunta; la cual es por cierto más propiciada culturalmente para los trabajadores varones que para las mujeres. Esta autora basa su trabajo de campo en entrevistas a los trabajadores y trabajadoras y trata de adentrarse en la cultura minera, en las experiencias y creencias, las expectativas sobre el futuro y las formas de sociabilidad de la población minera de Oruro. Su trabajo versa sobre los obreros y obreras actuales a diferencia de otros autores aquí mencionados que se focalizan en el período previo a (y durante el desarrollo de) la revolución. Pero la menciono porque su enfoque permite demostrar que hay diversas perspectivas en esto de entender cómo los obreros se ven a sí mismos, ayer y hoy.

Rodriguez Ostria analiza desde una perspectiva histórica el devenir del sector minero como grupo que llegó a tener mucha fuerza en tanto actor social en la

primera mitad del siglo XX, y que para fines del mismo ha perdido gran parte de aquel ímpetu con que arremetía contra el adversario. Su análisis de esta trayectoria podría dividirse en cuatro períodos: el primero de ellos comienza en el siglo XVI, con el comienzo del trabajo en las minas de mitayos y mingados. Dentro de este período, ya hacia el siglo XIX el panorama del trabajador minero se verá caracterizado por algunas protestas espontáneas, (oposición de tipo precapitalista) y “conservadoras” (en búsqueda de recuperar condiciones de vida características del pasado). La lógica empresarial, contradictoriamente enfrentada a la lógica de la cultura andina (arraigada en relaciones de intercambios no económicos), será resistida por los obreros a través del intento de mantener los ritos, las costumbres y las festividades propios de su cultura. La violencia, cuando estaba, era desordenada, sin dirigencia ni previsión alguna. El segundo período arranca en 1920-1930. La estructura del trabajo empieza a organizarse mediante la ruptura de las jerarquías entre trabajadores especializados y de oficios. Ruptura que, reemplazando dichas jerarquías por una socialización del proceso productivo, colocó a todos los trabajadores igualmente sometidos a las indicaciones de técnicos e ingenieros. La concentración de la población en los campamentos mineros que caracteriza a esta época creará además un ambiente propicio para la aparición de redes de solidaridad y vínculos que forjarán la identidad minera¹. También a principios del siglo pasado surge la necesidad de organización como forma de mediar entre los intereses de los obreros, la patronal y el Estado. Más adelante veremos el análisis que de este tema hace García Linera. Entretanto, nos importa destacar que Rodríguez Ostría encuentra en esos primeros intentos de organización, el período formativo de la conciencia de clase minera. Sin embargo, destaca que lo paradójico es que a medida que se unifican en la organización de un sindicato (unificación que verá su fruto en el FSTMB y que podríamos considerar como un tercer período) que permitirá la representación de sus reivindicaciones pasando a formar parte del panorama político y de negociación con el Estado y las patronales, a la vez irá perdiendo fuerza esa espontaneidad combativa que caracterizaba al período anterior. Finalmente, hacia la década del 80, la política estatal va rotando a medidas de corte neoliberal, y el sindicato se verá paulatinamente limitado, y desplazado de la arena

¹ “Los pueblos mineros se convirtieron así en espacios de intersubjetividad capaces de conservar, transmitir y desarrollar la experiencia y la memoria minera, ya sea bajo la forma de diversiones, canciones o protestas” (Rodríguez Ostría; 2001: 276)

política: las reivindicaciones obreras no encontrarán más que oídos sordos en la cúpula del poder.

Dentro del trabajo del británico James Dunkerley, “Rebelión en las venas”, encontramos (igual que en Fernando Mires) una obra que intenta explicar la historia de la revolución boliviana (en este caso el trabajo es más extenso y detallado). Frente al tema del movimiento minero y su identidad las referencias son más bien generales, apelando a él en tanto actor social, como grupo de fuerza en el ámbito político. Lo que sí destaca es el contexto internacional; que hace que los empresarios mineros actúen como lo hacen en la década del 40: empeorando las condiciones del trabajador y reprimiendo sus manifestaciones, propiciando que el ambiente se vuelva cada vez más caldeado para luego estallar en la Revolución del 52.

Como pasa en varios de los textos que abordan (aunque sea sólo fugazmente) el tema del movimiento minero, la Tesis de Pulacayo marca un punto clave en su historia, que puede ser visto de distinto modo según cada autor. En este caso, Dunkerley considera que esta declaración trotskista del congreso de mineros de 1946 no es el reflejo de todo el movimiento, y aunque acepta que hay ideas revolucionarias de izquierda, sin embargo encuentra en dos miembros del POR el impulso principal de estas declaraciones: Fernando Bravo y Guillermo Lora. En otros autores, como Rodríguez Ostría y Cajías vemos una visión distinta: en sus trabajos las declaraciones que se hacen en Pulacayo son consideradas fiel reflejo de la conciencia de clase madura y combativa del proletariado minero en su totalidad, y su conciencia y seguridad frente al enemigo burgués lo colocan en la vanguardia del proletariado boliviano.

Otro autor que se ha dedicado al asunto que abordamos ha sido García Linera, actual vicepresidente de Bolivia. En la obra que él coordina, “Sociología de los Movimientos Sociales en Bolivia” se hace un repaso del movimiento obrero en general, su conformación y sus modos de organización a través del tiempo. Durante el siglo XIX se formaron organizaciones de corte mutualista, asociaciones de socorros mutuos, y de tipo cultural como la “Filarmónica Primero de Mayo” y también algunos sindicatos. Hacia 1920, estas organizaciones empezaron a

modificar su rol de socorro mutuo por reivindicaciones en cuestiones referidas a los derechos laborales. “*Fueron estas organizaciones las que enfrentaron las primeras escaramuzas, en la segunda década del siglo XX, con las gerencias de las minas propiedad de los “barones del estaño” y otras empresas extranjeras*” (García Linera; 2004: 32). El sector minero en su trabajo es resaltado como un importante ejemplo o antecedente para la unión a nivel nacional, que en 1944 formó la FSTMB (Federación Sindical de Trabajadores Mineros Bolivianos), y que en 1952 impulsó la creación de la Central Obrera Boliviana. Se destaca la sindicalización como un elemento clave que permitió al sector obrero la participación o la influencia en ámbitos políticos y la negociación a través de sus dirigentes con el Estado y con las empresas.

Análisis y propuestas

Bolivia está provista en diversas partes de su geografía de una gama de minerales que han sido explotados para diversos usos desde la época de la colonia. Primero con los conquistadores y luego con empresarios absentistas y extranjeros, ha sido proveedora de infladas fortunas y millonarios negocios. En el período republicano estas riquezas fueron explotadas con Estados Unidos como principal fuente de inversores, quienes no hicieron más que extraer de la región los minerales sin importar los términos del intercambio, ni el modo en que las riquezas se distribuían al interior. A principios del siglo veinte, la minería del estaño creció copiosamente, y con ella el número de personas que trabajaron asalariadas para la extracción del mineral (no sólo estaño sino también otros como el cobre y el mercurio). Familias enteras se trasladaban para integrarse como mano de obra en las minas de Oruro, Potosí, Catavi, y otras. Provenían la mayoría de comunidades agrarias, lo cual hizo que en los barrios se encontraran miembros de distintas comunidades y regiones. Esta heterogeneidad cultural en la composición del sector minero es un rasgo importante a tener en cuenta ya que creo que es insoslayable para lograr una comprensión acabada del problema en cuestión.

No obstante esta heterogeneidad, y en un proceso que ya había comenzado en el siglo XIX como asegura García Linera (pero cuyas raíces o antecedentes -y en esto coincido con Rodríguez Ostría- pueden rastrearse más allá, por el siglo XVI) las organizaciones de trabajadores empiezan a tomar forma cada vez más definida y

paulatinamente, hacia las primeras décadas del siglo XX cobrarán mayor amplitud y envergadura. A mi entender no hay dudas de que el proceso de sindicalización permitió importantes aportes organizativos, y la participación en el “cogobierno” pero también considero que este tema ha sido tratado con algunas falencias.

Creo que las miradas que han enfocado el tema han sido en muchos casos bastante tradicionales en su enfoque. Con esto me refiero a que trataron de entender la realidad boliviana con el uso de conceptos teóricos clásicos del marxismo que al ser ajenos, o más bien, han surgido de estudios de sociedades europeas u otras muy diferentes a la sociedad boliviana, pueden quedar incompletos o “incómodos” por decirlo quizás de un modo extraño. Si bien la aplicación de conceptos preexistentes es justamente aquello que nos permite entender algo nuevo y desconocido en términos de algo mejor conocido, puede que luego surjan inconvenientes al respecto. Me parece que cuando queremos aplicar los conceptos vinculados a la movilización obrera, la conciencia de clase, su identidad, podemos encontrarnos con que éstos no son suficientes (sí muy útiles, pero tal vez no suficientes) para explicar una realidad tan compleja, tan distinta a la que dio origen a estos conceptos; como pasa con la realidad boliviana. Varios de los estudios que mencionamos tienen en cuenta el origen comunitario, y las diferencias culturales que se presentan en el movimiento obrero, pero aún son escasos los intentos de acercarse desde otra mirada que abarque la identidad o las identidades que se conjugan con la identidad obrera, innegable y presente sin dudas en el proletariado boliviano del período². Me tomo el atrevimiento de repetir en este punto algunas preguntas hechas más arriba: ¿Qué pasaría si además de la identidad de clase se considerase en los estudios sobre el movimiento minero el tema de la identidad indígena del sector asalariado? ¿Qué pasa con ésta con el devenir de los acontecimientos, al interior del movimiento minero? ¿Y con el género? Y agrego ¿En qué consistían las actividades previas de los mineros antes de pertenecer a este sector obrero? ¿Cambia su visión del mundo al incorporarse como asalariado?

² Me refiero al período que va de los primeros intentos de organización laboral con vistas a reclamos concretos en su relación con el sector capitalista (segunda década del siglo XX) hasta el día de hoy, pues creo que aún no se pierde la conciencia de conjunto aunque la fuerza del movimiento en términos económicos, numéricos y políticos ya no sea la misma. Y no excluyo el período liberal pues si bien este destruyó la sindicalización, no creo que haya destruido la conciencia de clase.

Otras consideraciones sobre la conciencia de clase y el movimiento minero en Bolivia.

En un trabajo reciente donde se tratan otros temas, mucho más vinculados a aspectos políticos actuales, Luis Tapia recuerda la idea de “formación social abigarrada” aportada por René Zavaleta Mercado “*que consiste en pensar que hay países como Bolivia que se caracterizan por la sobreposición desarticulada de varios tiempos históricos, que implica una diversidad de modos de producción, de estructuras de autoridad y cosmovisiones que no producen un tipo de unidad estable o un nuevo tipo de sociedad, sino este tipo de coexistencia, todavía colonial de alguna manera*” (Tapia; 2009:73 el subrayado es mío) y creo que esto es muy esclarecedor para comprender esta complejidad de la que hablaba más arriba. La coexistencia de varios “tiempos históricos” en donde se encuentran la modernidad, el capitalismo con las empresas que miran al mercado mundial y sus formas de maximizar beneficios a toda velocidad; junto a tiempos agrarios, donde rigen los ciclos de la naturaleza, y la espera de los frutos que la Pachamama brinda a los habitantes que la siembran enmarcando toda una serie de relaciones mediadas por intercambios no económicos. Justamente esta coexistencia genera no sólo conflictos entre unos y otros tiempos históricos (junto a las cosmovisiones que cada uno encarna, y todas las alternativas culturales que llevan asociados) sino también un sometimiento de unos por otros. Es allí según mi parecer, en la contradicción que nombra June Nash, en esa encrucijada, en la coexistencia (opresiva por cierto) de distintos tiempos y culturas (tomando la idea de Zavaleta) donde surgen a veces las adopciones de diversos mecanismos para la resistencia.

Si uno quiere orientar la mirada en términos de si la conciencia de clase minera se forma en la lucha y la sindicalización que permite finalmente cierta participación en cuestiones políticas, o si se forma en la cotidianeidad barrial y laboral (o como dice Mires, en el común origen étnico) creo que para ello es indispensable tener en cuenta este concepto de formación social abigarrada y verlo en vinculación al tema de la conformación de identidad. En una sociedad tan heterogénea (si aún hoy lo es, más lo sería a principios del siglo pasado, si consideramos que había menos recorrido histórico como nación y que es esa época donde la mayoría de los autores encuentra el origen de la conformación de la conciencia de clase a través de modos organizativos), es difícil a mi entender ubicar

un solo elemento desde el cual un sector obrero, tan heterogéneo como la sociedad de la que hablamos, haya logrado construir esa conciencia que finalmente los llegó a vincular de una forma unificada; primero en la FSTMB como sector y luego junto a otros obreros a nivel nacional en la COB.

Teniendo en cuenta a los autores que he mencionado considero que habría que ver la conformación de la conciencia minera como (al menos) un doble proceso: uno larguísimo, puesto que se remontaría a la época colonial. En el proceso de trabajo, en las condiciones de exclusión, de marginación, los trabajadores³ que vivían en esas condiciones tendrían en común (al margen de las diferencias culturales cuando las hubiere) todo ese bagaje de experiencia que forjaría de a poco una “proto conciencia minera” podría decirse. Luego, en las primeras épocas republicanas, bajo otras formas de trabajo se repetirían esas condiciones, conservando aquello de tener la misma experiencia en cuanto al trabajo realizado, y a la opresión ejercida sobre ellos. Las rebeliones pues, la resistencia en diversas formas, fueron presentes siempre, desde la colonia, y eso implica conciencia de opresión. Creo que la conciencia de estar siendo explotados por otro sector de la sociedad que se beneficiaba con su trabajo fue algo presente mucho antes de mediados del siglo veinte, donde sí se hace visible (para el estado, las empresas, y también para muchos autores) en términos de formas de organizaciones nacidas en el mundo capitalista europeo.

Ahora bien, el consolidarse como movimiento único (la FSTMB) fue un proceso (el segundo, podría decirse, más corto) que acumuló todo lo anterior de una forma organizada. En este sentido es que no me parece tajantemente la más apropiada ni una ni otra de las miradas marxistas que nombré al principio, haciendo referencia a las posturas de Thompson o Althusser, pero sí creo que teniendo en cuenta un poco de cada una, y sumadas o asociadas a la idea de formación social abigarrada, podría entonces obtenerse una mirada más completa sobre el problema.

³ Aunque sabemos que por aquellas épocas lo hacían en otras modalidades de trabajo como la mita colonial, creo que no puede ignorarse como antecedente, o huella que marca la conciencia y la memoria de los pueblos y las personas.

En ocasiones, las herramientas teóricas que se formulan para entender una serie de realidades, pueden quedarnos chicas para entender otras alternativas distintas o más complejas. Lo interesante es que permiten, como dije al principio, comenzar a entender una realidad desconocida, o poco conocida, en unos términos mejor conocidos. Es hora quizás de aportar a la historia del movimiento minero boliviano una mirada teórica que lo entienda a su manera: considerar esas formas de unidad-heterogénea que caracterizan a la sociedad boliviana en general.

Líneas arriba nombraba el trabajo de Luis Tapia. En su trabajo, vinculado a la cuestión política en la Bolivia actual, encontré una interesante mirada acerca de cómo a través del tiempo las comunidades indígenas han tratado de incorporarse a la política a través de la adopción de unos métodos de hacer política distintos a los suyos propios. Frente a sus propias experiencias de tipo asamblearias y otras formas de democracia directa (que no les permitían ingresar al sistema político dominante), debieron adaptarse al sistema de partidos y de sindicatos propios de la cultura dominante, criolla, para disminuir la exclusión de sus intereses y necesidades en la arena política.

Ahora ¿por qué traigo estos temas, tan actuales y vinculados más bien al campesinado si lo que estamos tratando de abordar es el movimiento minero, sobre todo en el período clave de las décadas centrales del siglo? Pues bien, Tapia explica lo que pasó con la participación de las comunidades campesinas en las arenas políticas. Creo que su enfoque teórico puede servir para entender el proceso de sindicalización de los trabajadores bolivianos (sobre todo para nuestro interés, en los mineros). El autor habla de un proceso que llama “rotación”: un proceso en el cual unos modos predominantes de hacer política son adoptados por los sectores antes excluidos en la misma, ignorados o desvalorizados en el aspecto cultural y explotados en la arena económica, para poder ser “escuchados” en aquellos términos en que la cultura dominante, o el estado, los puedan “ver”. Creo que lo que se dio en el movimiento minero es probablemente un proceso de este tipo, donde debieron aunar fuerzas y limar diferencias en los casos que las hubiere para enfrentarse a una realidad que los explotaba desde arriba por igual, de lo cual eran concientes desde mucho antes. No es que aquí, en este momento de la sindicalización se conforme la identidad o la conciencia, como afirma Thompson en

sus estudios sobre el caso del proletariado inglés, sino que la misma cambia su aspecto o su forma de manifestarse en formas que sean comprensibles al sistema dominante⁴.

Siguiendo esta posible interpretación, si el sindicalismo fue efectivamente una adaptación (“rotación” en términos de Luis Tapia) de un sector del proletariado culturalmente diverso para ser comprendido por los sectores dominantes y el estado, quizás es buen momento para que adaptemos nuestras miradas, buscar nuevas interpretaciones; adaptación que seguramente (como pasó con el sindicalismo) tenga mucho para dar. Es probable que la falta de fuentes o documentos impida o dificulte repasar el pasado en este sentido, pero seguramente la historia oral pueda aportar alguna orientación que facilite forjar una perspectiva que incluya todo lo que se haya soslayado anteriormente.

⁴ Es por eso que considero que mientras se trate de entender el asunto en términos y concepciones calcadas de las interpretaciones tradicionales (me refiero a aquellas que no consideran las particularidades del caso boliviano, como ya he explicado), no veremos por completo el panorama, sino su aspecto reconocible fácilmente. Considero que la diversidad y complejidad del caso boliviano amerita un esfuerzo en este sentido, para enriquecer la comprensión y descubrir nuevas perspectivas

Bibliografía:

Cajías de la Vega, M: “Los mineros en la Revolución Nacional”. En Ansaldi, W y Funes, P (Comp) *Teoría de las Revoluciones y Revoluciones Latinoamericanas*, UDISHAL, Buenos Aires, 2001.

Dunkerley, J: *Rebelión en las venas*, Plural, La Paz, 2002

García Linera, A: (Coord) *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia. Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política*. La Paz, Diakonia, 2004.

Justo, L: *Bolivia: La revolución derrotada*. Buenos Aires, Ediciones Ryr, 2007.

Mires, F: *La rebelión permanente*, Siglo XXI, México, 1988.

Nash, J.: *Comemos a las minas y las minas nos comen a nosotros*. Buenos Aires, Antropofagia, 2008.

Rodríguez Ostría, G: “Los mineros de Bolivia en una perspectiva histórica”. En *Convergencia*, enero-abril, año 8, Nro 24, Toluca, 2001

Tapia, L: *La coyuntura de la autonomía relativa del estado*. La paz, Muela del Diablo, 2009